

Entre memoria y territorio: la construcción de un feminismo barrial en una organización cultural comunitaria de Villa El Salvador

Ariana Ysla del Águila

Bachiller en Antropología por la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP). Estudiante de la Maestría en Antropología Visual de la PUCP.

Asistente de Proyectos de Monitoreo y Evaluación de Impacto Social en FeminARTE, organización civil que emplea el arte y la educación comunitaria como herramientas de transformación social con adolescentes en San Juan de Lurigancho, Lima. / e-mail: a.ysla@pucp.pe

Resumen

Este artículo analiza cómo una organización cultural comunitaria de Villa El Salvador, en Lima, construye y posiciona un feminismo barrial en diálogo con la memoria organizativa del distrito. A partir de una aproximación etnográfica que incluyó observación participante, entrevistas en profundidad y análisis de materiales producidos por la organización, el texto examina los procesos mediante los cuales esta propuesta política se ha configurado a lo largo de quince años. El análisis muestra que el feminismo barrial de esta organización no es una identidad dada de antemano sino una construcción progresiva, producida en tensión con resistencias culturales del entorno y en permanente elaboración por parte de quienes la sostienen. Se identifica el arte como dispositivo pedagógico central mediante el cual los contenidos políticos se traducen en experiencias accesibles para infancias, adolescentes y mujeres del barrio. Asimismo, se examina cómo la organización se inscribe en la tradición organizativa femenina del distrito, heredando sus repertorios de acción colectiva y autogestión, al tiempo que introduce rupturas significativas en términos de sujeto político, lenguaje y horizonte de lucha. El caso aporta al debate sobre feminismo popular latinoamericano una perspectiva que enfatiza la dimensión procesual y territorialmente situada de estas prácticas, complejizando lecturas que tienden a presentarlas como identidades ya constituidas.

Palabras clave

Feminismo popular, feminismo barrial, arte comunitario, memoria organizativa, Villa El Salvador.

Between Memory and Territory: The Construction of Grassroots Feminism in a Community Cultural Organization in Villa El Salvador

Ariana Ysla del Águila

Bachelor's degree in Anthropology from the Pontifical Catholic University of Peru (PUCP); Master's Student in Visual Anthropology at PUCP. Social Impact Monitoring and Evaluation Project Assistant at FeminARTE, a civil organization that utilizes art and community education as tools for social transformation with adolescents in San Juan de Lurigancho, Lima. / e-mail: a.ysla@pucp.pe

Abstract

This article analyzes how a community cultural organization in Villa El Salvador, Lima, constructs and positions a grassroots feminism in dialogue with the district's organizational memory. Drawing on an ethnographic approach that included participant observation, in-depth interviews, and analysis of materials produced by the organization, the article examines the processes through which this political proposal has taken shape over the course of fifteen years. The analysis shows that the organization's grassroots feminism is not a pre-given identity but rather a progressive construction, produced in tension with the cultural resistances of its surrounding context and continuously shaped by those who sustain it. Art is identified as a central pedagogical device through which political content is translated into accessible experiences for children, adolescents, and women in the neighborhood. Furthermore, the article explores how the organization situates itself within the district's tradition of women-led organizing, inheriting its repertoires of collective action and self-management, while simultaneously introducing significant ruptures in terms of political subject, language, and horizon of struggle. The case contributes to debates on Latin American popular feminism by emphasizing the processual and territorially situated dimension of these practices, thereby complicating readings that tend to present them as already constituted identities.

Keywords

Popular feminism, grassroots feminism, community art, organizational memory, Villa El Salvador.

Introducción

En las últimas décadas, el feminismo latinoamericano ha experimentado una expansión significativa hacia los territorios populares urbanos, dando lugar a formas de organización política que no siempre se encuentran capturadas por los marcos teóricos del feminismo académico o institucional. De esta manera, el llamado “feminismo barrial” o “feminismo popular” ha emergido como categoría analítica para nombrar estas prácticas situadas que articulan demandas de género con memorias territoriales, economías del cuidado y culturas organizativas propias (Espinosa, 2014; Curiel, 2009). Sin embargo, aún resulta necesario indagar cómo estas organizaciones configuran y posicionan públicamente su identidad feminista, especialmente en escenarios donde el arte y la cultura funcionan como lenguajes de intervención política.

En este contexto, el distrito de Villa El Salvador constituye un escenario particularmente relevante para explorar esta problemática. Fundado en 1971 como resultado de procesos de autogestión y organización vecinal, el distrito consolidó una cultura política en la que las mujeres ocuparon un lugar central a través de comedores populares, clubes de madres y otras formas de organización de base que articularon la supervivencia cotidiana con prácticas colectivas de acción política (Blondet, 1991). Lejos de diluirse, esta tradición organizativa ha experimentado reconfiguraciones contemporáneas, coexistiendo hoy con iniciativas juveniles y culturales que asumen explícitamente una agenda feminista.

En este marco, el presente artículo buscará responder la siguiente pregunta: ¿De qué manera construye y posiciona una organización cultural comunitaria de Villa El Salvador un feminismo barrial en diálogo con la memoria organizativa del distrito? Así, a partir de esta interrogante, se examinan los procesos mediante los cuales la organización articula memoria territorial, prácticas culturales y discursos feministas para producir una identidad política situada.

En el siguiente apartado se presenta la estrategia metodológica que orienta el análisis, para luego desarrollar el marco conceptual y los apartados empíricos que sustentan la discusión.

Metodología

El presente trabajo se inscribe en el marco de una investigación etnográfica más amplia sobre las experiencias de participación juvenil en una organización cultural comunitaria de Villa El Salvador. Es así que, mientras la tesis aborda diversas dimensiones de la participación, como los aprendizajes, las trayectorias y los procesos de transformación subjetiva de las jóvenes, aquí el foco se desplazará hacia otro nivel de análisis: la forma en que la organización construye y posiciona públicamente un feminismo barrial. De esta manera, me interesará comprender cómo esta propuesta

se articula con la memoria organizativa del distrito, con sus tradiciones de lucha y con las formas históricas de organización comunitaria en Villa El Salvador.

Como se mencionó anteriormente, metodológicamente el texto se nutre del trabajo de campo previamente realizado entre agosto y noviembre del 2025, que incluyó entrevistas en profundidad con jóvenes mujeres y coordinadoras, observación participante en talleres y actividades públicas, así como la revisión de materiales producidos por la organización.

Se resalta también que este trabajo de campo se desplegó en distintos sectores del distrito, así como en espacios externos, como marchas en el centro de Lima, actividades articuladas con otras colectivas. Desde esta perspectiva, el “campo”, lejos de entenderse como un espacio fijo, se lo consideró como un entramado móvil que conecta hogares, calles, parroquias, festivales y movilizaciones, ya que la organización se constituye en esa circulación. Considero importante mencionar también que durante el periodo formal de la investigación residí en el distrito, lo que posibilitó una experiencia cotidiana del mismo territorio.

Dentro de los espacios donde se realizó observación participante, estuvieron los talleres de formación, ensayos de batucada, reuniones de coordinación, festivales culturales, actividades pro-fondos y movilizaciones feministas (8M, 28S, 25N, Marcha del Orgullo). En varios de estos espacios participé activamente, ya sea tocando batucada o apoyando en logística, lo que permitió comprender desde dentro las dinámicas organizativas y performativas a través de las cuales el feminismo barrial se hace visible en el espacio público.

De igual forma, se realizaron entrevistas a jóvenes participantes (activas y exintegrantes), así como a integrantes del equipo coordinador. No obstante, en el marco del artículo, estas entrevistas no se abordan prioritariamente como reconstrucción de trayectorias individuales, sino más bien como ventanas para comprender cómo se produce, interpreta y comunica el proyecto político de la organización. Asimismo, se incluyeron conversaciones con dirigentes vecinales y representantes de otras colectivas del distrito, esto con el fin de situar a la organización dentro de la red histórica de articulaciones territoriales de Villa El Salvador. Adicionalmente, se analizaron publicaciones en redes sociales, afiches, registros audiovisuales y discursos públicos producidos por la organización. Siendo estos materiales fundamentales para examinar la dimensión discursiva y estética del feminismo barrial que se posiciona.

Marco teórico

El análisis que propone este artículo se apoya en dos conceptos que se articulan entre sí: el feminismo barrial como forma de práctica política situada, y la memoria colectiva como recurso activo que las organizaciones heredan y transforman. Asimismo, ambos ejes se abordan como dimensiones que se superponen y se

alimentan mutuamente en la experiencia concreta de una organización cultural comunitaria de Villa El Salvador.

Feminismo barrial/feminismo popular

Entender el feminismo barrial como categoría analítica implica partir de la premisa fundamental de que no se trata de una variante local del feminismo global, esta se debe entender como una forma propia de hacer política que emerge desde las condiciones concretas de vida en territorios populares. A diferencia del feminismo hegemónico, construido históricamente desde experiencias de clase media que tendieron a universalizar sus demandas, el feminismo barrial se configura desde la intersección de género, clase, raza y territorio, incorporando como dimensiones políticas la supervivencia cotidiana, la economía del cuidado y la defensa del espacio comunitario (Aranda, 2021; Korol, 2016).

Es entonces que su fuerza política no reside únicamente en sus demandas explícitas, sino que se encuentra en las formas que adopta, puesto que se construye en marchas, asambleas, redes afectivas y prácticas de sostenimiento mutuo que no son accesorias a la política, más bien son constitutivas de ella (Korol, 2016). En esa misma línea, el feminismo barrial implica también procesos de subjetivación política, mediante los cuales las mujeres se posicionan como sujetas capaces de cuestionar tanto las relaciones patriarcales en sus entornos inmediatos como las estructuras más amplias de desigualdad (Olivera, 2016). De esta manera, para este artículo, entenderemos al feminismo barrial como una práctica política situada que articula demandas de género con memorias territoriales y culturas organizativas propias, y que se produce y reproduce en la vida cotidiana del barrio.

Es importante mencionar que el territorio, en este marco, también funciona como algo más que un escenario donde ocurre la acción política, este opera como categoría analítica que organiza y explica la forma que toman las prácticas feministas en cada contexto. Silva Santisteban (2025), sostiene que la comunidad y el territorio configuran el espacio desde el cual se libran las luchas frente al patriarcado. Esto resulta pertinente porque la autora documenta cómo mujeres organizadas que no se reconocen como feministas sostienen, en su práctica cotidiana, formas de resistencia que ella misma interpreta en clave feminista. El territorio, entonces, habilita y a la vez restringe las maneras en que el feminismo puede nombrarse y practicarse, algo que se verá con claridad más adelante en el proceso de la organización estudiada, donde el lenguaje feminista se fue introduciendo de manera gradual y negociada con las condiciones del barrio.

Asimismo, esta dimensión territorial no puede separarse, en el caso de esta organización, de su carácter generacional. Larrondo y Ponce (2019) plantean que la juventud debe entenderse como una producción sociohistórica en la que ciertos sujetos se inscriben y se reconocen como tales, en condiciones que no eligieron pero que contribuyen

a transformar, más que como una cualidad esencial de quienes protagonizan los activismos feministas actuales en América Latina. Esta perspectiva invita a leer a las adolescentes y jóvenes de la organización estudiada como sujetas que se producen a sí mismas como jóvenes y como feministas en la propia experiencia organizativa, en el barrio, con sus condiciones concretas de posibilidad, más que como destinatarias naturales de una propuesta feminista pensada de antemano para ellas.

Memoria colectiva

Entendemos memoria colectiva como un proceso de reconstrucción activa del pasado desde el presente. Halbwachs, considerado el fundador de este concepto en las ciencias sociales, planteó que los recuerdos emergen dentro de marcos colectivos que los hacen posibles y les otorgan sentido, es decir, recordamos como parte de grupos, comunidades y territorios que nos proveen las referencias desde las cuales interpretamos lo vivido (Halbwachs citado en Ramos Delgado, 2013). Desde esta perspectiva, el tiempo y el espacio funcionan como marcos sociales que anclan los recuerdos colectivos, y es precisamente en los lugares habitados donde la memoria encuentra estabilidad y significado compartido (Ramos Delgado, 2013). En esa misma línea, Jelin (2002) profundiza esta dimensión al señalar que la memoria es un trabajo, un proceso dinámico de selección y resignificación que se activa en función de contextos y necesidades políticas concretas. Entendiéndola como un campo en tensión donde distintos actores sociales pugnan por imponer sus interpretaciones del pasado y orientar desde ahí la acción presente.

En ese sentido, para este artículo, la memoria colectiva opera como herramienta analítica para examinar cómo una organización cultural comunitaria de Villa el Salvador activa y reinterpreta la tradición organizativa del distrito para construir su identidad feminista pública. Esto gracias a las décadas de organización femenina de base que dejaron sedimentadas formas de liderazgo, deliberación y acción territorial que las organizaciones contemporáneas retoman y actualizan desde sus propios contextos (Blondet, 1991).

Memoria organizativa de Villa El Salvador: autogestión, mujeres y cultura política territorial

La trayectoria organizativa de Villa El Salvador ha sido frecuentemente presentada como uno de los experimentos más significativos de autogestión urbana en el Perú contemporáneo. Sin embargo, más allá de su carácter emblemático, lo que resulta particularmente relevante para este análisis es el modo en que el territorio se constituyó en principio organizador de la acción colectiva. Desde sus inicios, la organización sectorial, la estructura por manzanas y la deliberación asamblearia no solo respondieron a necesidades materiales, también produjeron una cultura política anclada en la proximidad, la participación cotidiana y la construcción de comunidad.

En este proceso, la presencia femenina no fue secundaria ni meramente asistencial. Diversos estudios han mostrado que las mujeres desempeñaron un papel central en la sostenibilidad del proyecto organizativo, articulando espacios vinculados a la alimentación, el cuidado y la gestión barrial y que progresivamente desbordaron el ámbito doméstico. Así, a través de clubes de madres, comedores comunitarios y federaciones, se consolidaron liderazgos y formas de representación que ampliaron la intervención de las mujeres en la esfera pública local (Blondet, 1991; Moyano, 1993). Es importante resaltar que estas experiencias no solo respondieron a contextos de precariedad económica; también configuraron repertorios organizativos, saberes prácticos y redes de solidaridad que marcaron la identidad política del distrito. Incluso en escenarios posteriores de fragmentación o crisis de representatividad, la organización femenina continuó siendo un referente simbólico de la historia distrital (Lauz, 2018).

Feminismo barrial de la organización

La organización estudiada lleva quince años construyendo, desde Villa El Salvador, un feminismo barrial que se produce y posiciona públicamente de manera simultánea: hacia adentro, en la formación política de quienes participan; y hacia afuera, en su presencia, en el espacio público del distrito y de la ciudad. Comprender cómo se configura ese posicionamiento requiere atender tanto a la trayectoria histórica de la organización como a las decisiones deliberadas sobre el lenguaje, los formatos y los territorios desde los cuales elige hacerse visible.

De las artes comunitarias al feminismo popular: una construcción progresiva

La organización no nació como un espacio feminista. En sus primeros años, entre 2010 y 2011, su propuesta era fundamentalmente artística y de animación comunitaria: talleres de circo, teatro y danza destinados a las infancias del barrio, convocadas directamente en las losas deportivas y en los colegios de la zona. Su fundadora recuerda que el punto de partida fue el deseo de trasladar al territorio los aprendizajes adquiridos en su propia formación artística, teatro, danza contemporánea, circo, acumulada durante años en distintos espacios de Lima. Lo que la motivó no fue únicamente el interés artístico, comenta más bien fue la convicción de que esas experiencias le habían dado “herramientas para la vida” que otras adolescentes y jóvenes del barrio también merecían tener. Desde ese impulso inicial, la propuesta fue siempre más que arte por el arte: era arte como espacio de reunión, de reflexión y de construcción colectiva.

La sensibilización explícita, sin embargo, llegaría después y de manera gradual. El viraje hacia una propuesta feminista se produce en torno a 2015, cuando la fundadora comienza a participar en espacios de formación feminista en Lima como círculos

de estudio, colectivas, una escuela feminista, y decide trasladar esa perspectiva al trabajo territorial. Como ella misma señala, si estaba trabajando esa propuesta, tenía que trabajarla también en Villa El Salvador. No obstante, el desplazamiento no fue sencillo. En sus primeras etapas, nombrar el feminismo directamente tendía a generar reservas en algunas personas del entorno, o simplemente no era un tema que les resultara relevante, lo que dificultaba la convocatoria. La coordinadora recuerda con honestidad que hablar abiertamente de género y derechos ante sus propios vecinos, familias que la habían visto crecer, cuyos hijos e hijas participaban en sus talleres, le generaba una sensación de exposición y un miedo real a equivocarse, a ser juzgada. La estrategia fue, entonces, introducir las temáticas de género y derechos de manera articulada con las artes, sin renunciar al contenido político, pero eligiendo cuidadosamente los lenguajes y los momentos. De esta manera, la decisión respondía a una concepción pedagógica, la coordinadora explica que desde el inicio la propuesta fue siempre “las artes como movilizador político”, con un contenido de fondo que justificaba la reunión colectiva más allá del aprendizaje artístico en sí mismo. Así, los talleres de teatro significaban también un espacio donde se conversaba sobre derechos, sobre violencia, sobre las propias experiencias de las participantes, y desde ahí se construía la propuesta artística.

Este recorrido da cuenta de una mutación gradual en el lenguaje público de la organización. La fundadora recuerda que en los primeros años convocaban solo con “taller de teatro” o “taller de circo”, porque hablar directamente de derechos o de feminismo resultaba más difícil en el barrio. Con el tiempo, y a medida que la propia organización se fue fortaleciendo política y conceptualmente, ese lenguaje fue abriéndose, primero “derechos humanos”, luego “feminismo popular”, y hoy sus convocatorias lo enuncian con toda claridad. Esto puede ilustrar que la construcción de una identidad feminista popular se produce en el tiempo, en tensión con las condiciones concretas del entorno y a través de decisiones estratégicas sobre el lenguaje. Asimismo, esta mutación gradual en la enunciación pública de la organización, del taller artístico al feminismo popular, da cuenta de un proceso de subjetivación política colectiva en el sentido que Olivera (2016) atribuye a estas prácticas: mujeres que se posicionan progresivamente como sujetas capaces de cuestionar tanto las relaciones patriarcales inmediatas como las estructuras más amplias de desigualdad. En ese sentido, este caso puede complejizar las lecturas que tienden a presentar el feminismo popular como una identidad ya constituida, mostrando que su fuerza política reside precisamente en su carácter procesual y en la capacidad de sus protagonistas de nombrar, en cada momento, solo aquello que el contexto permite nombrar.

Un feminismo que se nombra desde el territorio

Bajo este enfoque, la categoría que la organización elige para nombrarse “feminismo popular” o “feminismo barrial”, no es una simple etiqueta.; esta representa una toma de posición respecto a otras tradiciones feministas. La fundadora distingue

con claridad entre 1) el feminismo que reconoce como surgido desde la academia y desde experiencias de clase media, un feminismo que históricamente no tuvo en cuenta la interseccionalidad de quienes habitan los territorios populares, y 2) el feminismo popular que su organización practica, el cual implica organizarse desde una perspectiva feminista teniendo en cuenta la propia identidad, la propia historia y los propios procesos de organización comunitaria. Esta distinción sitúa a la organización en la línea de lo que Korol (2016) identifica como feminismo popular latinoamericano, una práctica que emerge desde las condiciones concretas de vida, incorporando la supervivencia cotidiana, la economía del cuidado y la identidad territorial como dimensiones políticas constitutivas.

Sin embargo, esta distinción que traza la fundadora conviene leerla con matices. Silva Santisteban (2025) documenta un fenómeno similar. Mujeres organizadas que rechazan la etiqueta feminista, o que cuestionan al feminismo institucionalizado en ONGs, sostienen, sin embargo, en su vida cotidiana prácticas de resistencia al patriarcado que la autora reconoce como feministas en un sentido amplio. La autora señala que esa desconfianza hacia el feminismo de las ONGs suele simplificar una relación que en la práctica resulta más porosa, hecha de traducciones y apropiaciones parciales entre categorías académicas y saberes territoriales. Puede leerse en esa misma clave el feminismo popular que practica la organización estudiada, un ejercicio constante de selección y traducción. Retoma categorías como interseccionalidad o violencia de género que circulan en espacios académicos y de cooperación internacional, y las reformula desde el lenguaje y las urgencias propias del barrio, tal como hizo la fundadora al introducir esas categorías solo cuando las condiciones del territorio lo permitían. La oposición que traza la fundadora funciona entonces como una toma de posición política antes que como una descripción de mundos separados, una forma de reivindicar la legitimidad de un conocimiento producido desde el territorio frente a un campo académico que históricamente no la reconoció como interlocutora.

Este posicionamiento se expresa con consistencia en sus comunicaciones públicas. Las convocatorias de la organización no se limitan a anunciar actividades, estas enuncian una posición política situada. Una convocatoria reciente al taller de batucada¹ lo formula así: “no solo vamos a aprender a tocar, también vamos a crear comunidad, conversar sobre nuestros derechos y prepararnos juntas para el 8M”. Asimismo, la escuela de formación se presenta como “Escuela Barrial de Feminismo Popular en Villa El Salvador”, subrayando tanto el carácter territorial como el contenido político de la propuesta. De igual forma, en la conmemoración de una década de trabajo, la organización declaró abiertamente: “el feminismo popular se hace en los barrios,

¹ La batucada es una práctica musical de percusión colectiva, ejecutada con tambores e instrumentos de percusión en formato de comparsa; en organizaciones sociales y feministas de América Latina suele adoptarse como herramienta de expresión política y de construcción de comunidad en el espacio público.

con la gente y dándonos soporte entre todas en el día a día”. Así, la referencia al barrio, a la vida cotidiana y al soporte mutuo como dimensiones constitutivas del feminismo remite directamente a la tradición organizativa del distrito, donde las mujeres construyeron poder político desde prácticas de sostenimiento colectivo que desbordaban el ámbito doméstico (Blondet, 1991).

Al mismo tiempo, la organización es consciente de que ese posicionamiento público tiene costos. La fundadora recuerda que cuando la propuesta se volvió más explícitamente feminista y activista, los seguidores en redes sociales tendían a bajar notoriamente en las fechas de mayor visibilidad política como lo es el 28S, el 25N, mientras subían cuando se publicaban actividades con niñas y talleres artísticos. Ese dato, que la organización registró y analizó, puede revelar una posible tensión entre los distintos públicos a los que interpela, las familias del barrio que valoran el trabajo artístico con infancias, y las jóvenes activistas que reconocen y buscan el feminismo explícito.

Esta tensión entre públicos revela una de las paradojas constitutivas del feminismo barrial: cuanto más explícito se vuelve su posicionamiento político, más visible es para quienes ya comparten ese horizonte, pero potencialmente más distante para quienes aún no lo habitan. Lejos de ser una contradicción a resolver, esta tensión puede leerse como una condición estructural de las organizaciones que operan simultáneamente en lógicas de formación política y de intervención comunitaria amplia. Korol (2016) señala precisamente que el feminismo popular se construye en esa doble apuesta, hacia adentro, como proceso de subjetivación; hacia afuera, como interpelación a un territorio que no siempre está dispuesto a recibir ese lenguaje. Así, el caso de esta organización muestra que gestionar esa tensión, decidir cuándo nombrar y cuándo esperar, es en sí mismo un acto político.

Arte, pedagogía política y posicionamiento

La organización produce su feminismo barrial a través de prácticas culturales que funcionan como dispositivos de intervención política en el territorio. Como se mencionó anteriormente, lo que distingue su propuesta no es únicamente el contenido político, es la forma en que ese contenido se traduce pedagógicamente. Entonces, aquí el arte no opera como decoración de un mensaje, más bien actúa como el lenguaje desde el cual ese mensaje se vuelve experiencia. El teatro trabaja la escucha y el vínculo corporal, la percusión permite resonar colectivamente, la danza abre formas de expresión que no tienen equivalente en otros lenguajes. El arte opera así tanto como medio pedagógico y político como en su propia dimensión estética y relacional.

En línea con lo anterior, la metodología que la organización ha ido consolidando a lo largo de los años articula tres componentes que se superponen: una práctica artística –batucada, teatro, circo, danza–, una dimensión formativa donde se trabajan

contenidos sobre género, violencias y derechos, y una proyección comunitaria que se materializa en pasacalles, festivales y participación en marchas. Esta estructura no es rígida sino orientadora, y su lógica central es la de la traducción pedagógica: convertir contenidos densos como violencia, consentimiento, desigualdad, en dinámicas accesibles que permitan a niñas, adolescentes y mujeres nombrar lo que viven y reconocer sus derechos desde la experiencia antes que desde la teoría. Como señala una de sus coordinadoras, su tarea era ver cómo “lo teórico, lo denso, lo duro, podía traducirse a teatro, a juegos, a ejercicios que fueran digeribles”.

Esta estrategia pedagógica tiene además una función de convocatoria que amplía el alcance de la propuesta más allá de quienes ya se identifican como feministas. Al presentarse inicialmente como un espacio artístico gratuito –“no necesitas experiencia previa, solo tus ganas de sonar fuerte”–, la organización interpela a mujeres y jóvenes del barrio que no encontrarían en una convocatoria explícitamente feminista un motivo para acercarse. El feminismo se vuelve así una experiencia antes que una etiqueta, lo que genera condiciones para procesos de subjetivación política que no habrían sido posibles desde una convocatoria más frontal.

La batucada en el espacio público: cuerpo, territorio y lucha

La presencia de la batucada en las marchas feministas constituye la dimensión más visible del posicionamiento público de la organización. Su participación en el 8M, el 25N, el 28S y la Marcha del Orgullo no es solo integración a un circuito activista más amplio, es la proyección del barrio hacia la ciudad, la inscripción de Villa El Salvador en una lucha que la organización reivindica como propia y situada. En mis notas de campo se registró una decisión significativa al respecto, la organización prioriza hacer sus marchas en Villa El Salvador, donde las arengas se construyen explícitamente desde y para el barrio, apelando al “feminismo barrial” y al “feminismo popular” como marcos de enunciación. Y cuando se participa en movilizaciones en el centro de Lima, se acopla a la dinámica más amplia pero mantiene su identificación territorial como parte de su presentación pública, es decir, se presentan como feministas populares, con origen y arraigo en el sur de Lima.

Una participante describe la batucada en términos que revelan su doble dimensión, política y subjetiva, la batucada “acompaña la lucha de una manera distinta”, funciona como un instrumento que amplifica y hace eco de las arengas, le “mete potencia” a la marcha. Para otra participante, que lleva años tocando, la batucada es el espacio donde puede “canalizar la rabia” y sentirse completamente ella misma, en una experiencia que es a la vez íntima y colectiva. Una ex participante recuerda que tocar fue donde encontró una forma de expresarse sin hacerse daño, en un momento en que necesitaba urgentemente ese canal. En los tres casos, el instrumento hace posible una descarga que no es solo catártica sino también constitutivamente política, puesto que aquí el cuerpo que golpea el tambor en una marcha contra la violencia de género es también un cuerpo que afirma su presencia y su derecho a ocupar el espacio público.

Estas experiencias resuenan con Tomasini (2020), quien muestra que la participación corporal y colectiva en la calle produce un devenir identitario antes que la mera adscripción a una etiqueta política, un proceso donde agencia, intersubjetividad y una nueva conciencia sobre las propias experiencias se activan conjuntamente en el encuentro afectivo con otras que comparten el reclamo, más que en la incorporación previa de un discurso feminista ya elaborado. En el caso de la organización estudiada, tocar la batucada en una marcha parece operar de manera similar, produciendo experiencia y politización en el propio acto de participar, antes que aplicando un feminismo ya adquirido en los talleres.

La batucada en la marcha condensa así las tres dimensiones que estructuran la propuesta pedagógica de la organización: la práctica artística como experiencia corporal y colectiva, la formación política como proceso de subjetivación y la proyección comunitaria como ocupación del espacio público. Esta articulación ilustra lo que Korol (2016) identifica como una característica central del feminismo popular, donde la política no está únicamente en los contenidos que se enuncian, sino en las formas que adopta, en los cuerpos que se mueven juntos, en el sonido que ocupa la calle. Desde esta perspectiva, la pedagogía política no es una dimensión instrumental de la acción colectiva; es su modo de existencia. Lo que este caso permite además plantear es que el arte opera como dispositivo de mediación entre el feminismo académico y la experiencia barrial, es decir, ahí donde la teoría pura resulta inaccesible o distante, la estética abre una entrada. Tocar un tambor en una marcha, dramatizar una situación de violencia en un taller, bordarse en colectivo, estas prácticas no ilustran el feminismo, lo producen. Y al producirlo desde el cuerpo y desde el territorio, generan procesos de subjetivación política que difícilmente se lograrían desde la sola transmisión conceptual.

Diálogo con la memoria organizativa de Villa El Salvador

El feminismo barrial que construye esta organización se inscribe en una tradición organizativa distrital que ubicó a las mujeres en el centro de la construcción comunitaria desde los orígenes de Villa El Salvador. Los comedores populares, los clubes de madres y las federaciones femeninas que sostuvieron la vida del barrio configuraron repertorios organizativos, formas de liderazgo colectivo y una cultura política anclada en la participación cotidiana y la proximidad territorial (Blondet, 1991). Esa sedimentación histórica sigue siendo un referente vivo en el distrito, encarnado en organizaciones que llevan décadas trabajando en él.

Este diálogo intergeneracional no es sólo simbólico: este se expresa también en relaciones concretas entre organizaciones. Una dirigente vecinal del distrito, con más de cuarenta años de trayectoria en comedores populares y orientación legal comunitaria, formada en la misma cultura organizativa que consolidó a Villa El Salvador como referente de autogestión urbana, describe a la organización estudiada como “un soporte” dentro de la red de colectivos del distrito, y señala que su presencia

constante es lo que garantiza que no sea olvidada. Más aún, fue ella quien gestionó ante la dirigencia vecinal el acceso al local comunal donde la organización funcionó durante varios años, interlocutando con vecinos que no necesariamente tenían el tema en su agenda, y explicando el sentido de su trabajo.

Cabe resaltar que la organización estudiada honra explícitamente la memoria de María Elena Moyano, dirigente vecinal y feminista popular asesinada en 1992, y lo hace a través de actos simbólicos como visitas al cementerio y al monumento que lleva su nombre, en ocasiones acompañadas por la batucada. Así, este ejercicio de memoria es constitutivo de su identidad política, nombrar a Moyano en el barrio es también reivindicar una genealogía de lucha femenina y popular anclada en el propio territorio.

En esa misma línea, cabe resaltar que la articulación también se expresa institucionalmente. La organización participa en el Colectivo de Concertación por la Equidad de Género de Villa El Salvador, un espacio que agrupa a diversas organizaciones del distrito con más de veinticinco años de historia y que trabaja en la incidencia de políticas públicas y ordenanzas municipales. Una de sus participantes, que representa a la organización en ese espacio, describe esta participación como una forma de proyectar la presencia de la organización más allá de sus propias actividades, conectando lo cultural con lo institucional y lo generacional con lo histórico. Así, la autogestión sostenida durante quince años también evoca los modos de hacer de esa historia organizativa; la fundadora describe que estos años de la organización han sido posibles porque sus integrantes más antiguas han sostenido la propuesta a través del trabajo comunitario y solidario, en una lógica que recuerda a la de las organizaciones de base que construyeron el distrito desde la nada.

Al mismo tiempo, la organización introduce rupturas significativas en esa tradición. Su sujeto prioritario no es la mujer adulta organizada en torno al cuidado y la supervivencia, sino las infancias, adolescentes y jóvenes del barrio. Su lenguaje político incorpora categorías –diversidad sexual, interseccionalidad, aborto legal– que no formaban parte del repertorio de las organizaciones femeninas de base de décadas anteriores. Cabe resaltar que sobre esto, que la propia fundadora reconoce estas incorporaciones como relativamente recientes dentro de la historia de la organización porque durante años no levantaban la temática del aborto ni trabajaban diversidades, esto debido a que no consideraban tenían aún la información ni la confianza para hacerlo.

La trayectoria de la organización ilustra así lo que Jelin (2002) señala respecto a la memoria colectiva, que no se trata de una herencia pasiva, es más bien un trabajo activo de selección y resignificación orientado por necesidades y contextos presentes. La organización no reproduce la memoria organizativa de Villa El Salvador, esta la reinterpreta desde una generación joven, desde un feminismo que nombra lo que antes no podía nombrarse, y que hace de esa operación de nombrar, en el barrio,

en las calles, en las redes, en las escuelas, su principal gesto político. En ese gesto, la continuidad con el pasado y la ruptura con él no se oponen sino que se sostienen mutuamente, produciendo una forma de acción colectiva que es al mismo tiempo heredera de una historia y portadora de un horizonte político.

Conclusión

El recorrido analítico propuesto en este artículo permite sostener que el feminismo barrial que construye esta organización cultural comunitaria de Villa El Salvador es el resultado de un proceso de elaboración política situado, progresivo y en permanente tensión con el entorno. Entenderlo así desafía las lecturas que tratan el feminismo popular como una identidad preexistente que las organizaciones adoptan o adaptan, proponiendo en cambio comprenderlo como una práctica que se constituye en el hacer, condicionada por los recursos disponibles, las resistencias del entorno y los tiempos propios de quienes la sostienen. Su configuración responde entonces a decisiones deliberadas sobre el lenguaje, los formatos pedagógicos y los territorios desde los cuales la organización elige hacerse visible, decisiones que han ido mutando a lo largo de quince años en diálogo con las condiciones concretas del barrio y con la propia formación política de sus integrantes.

De esta manera, la dimensión pedagógica emerge en este caso como un eje analítico que merece atención propia. Traducir contenidos densos en experiencias artísticas accesibles, negociar cotidianamente con resistencias culturales, decidir qué nombrar y cuándo, todo esto configura una forma de producir política desde adentro. Esta operación, que Korol (2016) identifica como constitutiva del feminismo popular, adquiere aquí una especificidad territorial porque ocurre en un barrio concreto, con una historia organizativa propia, ante públicos heterogéneos que no siempre comparten el mismo horizonte político. Y es precisamente esa especificidad la que permite complejizar la propuesta teórica, mostrando que la pedagogía política es el modo en que el feminismo barrial se hace posible en territorios donde su enunciación explícita aún genera resistencias.

Asimismo, este caso incorpora al debate sobre feminismo popular una dimensión que no siempre recibe atención, que es la manera en que estas organizaciones se inscriben en tradiciones de lucha territoriales previas, heredando sus repertorios y su cultura política al tiempo que introducen rupturas significativas en términos de sujeto, lenguaje y horizonte de lucha. De este modo, la organización estudiada se apoya en décadas de organización femenina en el distrito, la reinterpreta desde un sujeto generacionalmente distinto, con un lenguaje renovado y hacia horizontes que las generaciones anteriores no podían todavía formular.

Finalmente, escribo este cierre habiendo compartido años con esta organización, viendo niñas y adolescentes hablar con soltura un lenguaje que sus madres no tenían disponible. Y es en esta cercanía que surgen más preguntas de las que este artículo

puede responder. ¿Cómo continuará transformándose la identidad de Villa El Salvador a través de sus jóvenes? Y quizás la pregunta que más me inquieta: ¿cómo asegurar la sostenibilidad de estos proyectos en un contexto de precariedad creciente y financiamiento cada vez más incierto?

Espero, dentro de todo, que este artículo haya servido para mostrar que el feminismo que se construye en los barrios tiene su propio tiempo, su propio lenguaje y su propia manera de habitar el territorio que lo vio nacer, y que en esa especificidad, más que en su parecido con otras formas de feminismo, reside buena parte de su fuerza política.

Referencias bibliográficas

- Aranda, F. (2021). Feminismos Populares. En Géneros y sociedad: Aportes desde el Conurbano. https://www.sociales.unlz.edu.ar/wp-content/uploads/2021/11/Generos-y-Sociedad-Aportes-desde-el-conurbano-UNLZ_compressed.pdf
- Blondet, C. (1991). *Las mujeres y el poder: una historia de Villa El Salvador*. Instituto de Estudios Peruanos.
- Curiel, O. (2009). Descolonizando el feminismo: una perspectiva desde América Latina y el Caribe. *Ponencia presentada en el Primer Coloquio Latinoamericano sobre Praxis y Pensamiento Feminista*.
- Espinosa, Y. (2014). Una crítica descolonial a la epistemología feminista crítica. *El Cotidiano*, 184, 7–12.
- Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Siglo XXI.
- Korol, C. (2016). *Feminismos populares: pedagogías y políticas*. El Colectivo / América Libre.
- Larrondo, M. y Ponce, C. (2019). Activismos feministas jóvenes en América Latina. Dimensiones y perspectivas conceptuales. En M. Larrondo y C. Ponce (Eds.), *Activismos feministas jóvenes: emergencias, actrices y luchas en América Latina* (pp. 21-38). CLACSO.
- Lauz, M. (2018). Crisis de representatividad y organización vecinal en Villa El Salvador. *Debates en Sociología*, 47, 45–68.
- Moyano, M. E., & Túpac, D. M. (1993). María Elena Moyano, Perú en busca de una esperanza. Ministerio de Asuntos Sociales.
- Olivera, M. (2016). Subordinación y rebeldía: mujeres, movimientos sociales y subjetivación política en México. En C. Korol (Ed.), *Feminismos populares: pedagogías y políticas* (pp. 89–112). El Colectivo.
- Ramos Delgado, J. (2013). Halbwachs y la memoria colectiva: marco social, espacio y tiempo. *Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*, 37(1), 1–15.
- Silva Santisteban, R. (2025). Feminismos y luchas antipatriarcales en las regiones. Reflexiones desde los activismos sobre política, patriarcado y resistencias. DEMUS. <https://demus.org.pe/publicaciones/Feminismos%20y%20luchas%20antipatriarcales%20en%20las%20regiones.pdf>
- Tomasini, M. E. (2020). ¿Qué mueve a las jóvenes a participar? Activismo de género y construcción de identidades en estudiantes de escuelas secundarias de Córdoba, Argentina. *Psicología, Conocimiento y Sociedad*, 10(2), 123-149.